

Ricardo Romero (Nega) y Arantxa Tirado

La clase obrera no va al paraíso. Crónica de una desaparición forzada

2016. Madrid: Akal. 384pp.



Una de las mayores tragedias del movimiento obrero ha sido, precisamente, el cuestionamiento de la clase obrera como el sujeto central de la revolución social. La idea ya fue establecida por Marx: el proletariado ocupa un lugar central dentro del modo de producción capitalista porque es aquella pieza a través de la cual el capitalista transforma su dinero en capital, es decir, produce un valor nuevo que antes no existía.

Durante mucho tiempo, la teoría marxista ha mantenido este concepto de centralidad como un dogma. La realidad social todavía confirmaba esta centralidad. En las diferentes etapas histórico-económicas del capital en el siglo XX, siempre se conservaba el momento en el que las relaciones sociales capitalistas engendraban sujetos predispuestos ontológica y socialmente a destruir esas mismas relaciones en base a una cuestión de supervivencia.

Sin embargo, y pese a que Marx ya vislumbró la increíble capacidad revolucionaria del capital, no pudo llegar a determinar los profundos cambios que ha producido en las últimas décadas. Pese a ello, gran parte de la teoría marxista se aferra a los conceptos canónicos del marxismo, demostrando que, en gran parte, ha pasado de ser una doctrina científica a una nueva metafísica.

No obstante, la supervivencia de la teoría hace necesario el mantenimiento de dichos conceptos: aceptar que el capitalismo ha sabido inventarse a sí mismo de tal forma que ya poco tiene que ver, en apariencia, con el capitalismo inglés de la segunda mitad del siglo XIX, sería aceptar que, de algún modo, la explotación ha ganado frente a la emancipación. Aunque en cierto sentido esta victoria es incontestable, dicho mantenimiento de la teoría a toda costa no hace más que poner obstáculos a la correcta comprensión de lo que nos sucede en el presente.

En este punto exacto es en donde nos encontramos en relación a la posibilidad, o no, de nuevas perspectivas de una vida mejor, es decir, de una sociedad postcapitalista: ¿debemos conservar la teoría marxista, entendiendo que toda transformación histórica se desarrolla, todavía, dentro de un marco capitalista, o debemos empezar a quitarnos el prejuicio de que sólo el marxismo es la única teoría científica capaz de explicar la dinámica de los conflictos sociales?

En la última década, el libro *Chavs* de Owen Jones ha venido a ayudar a la idea de que, todavía, es necesario seguir operando con los conceptos clásicos del marxismo. En concreto, afirma que el concepto de "clase obrera" ha ido desapareciendo del espíritu colectivo no fruto de transformaciones sociales sino de una operación ideológica de transformación de los conceptos. Esta operación, que habría empezado en la Inglaterra de Thatcher, habría conseguido establecer un desprecio y una ridiculización de la clase obrera que habría producido el espejismo de que dicha clase social habría desaparecido (Jones, 2013: 7). En el Estado español, *La clase obrera no va al paraíso. Crónica de una desaparición forzada* ha cumplido el mismo papel, estableciendo el mismo análisis para nuestro contexto, especialmente a partir de la crisis financiera internacional de 2008.

En última instancia, lo que pretende esta nueva ola de reivindicación de la clase obrera es demostrar que, pese a las piruetas académicas y conceptuales, la clase obrera sigue siendo un sujeto presente y, lo que es más importante, todavía es revolucionario en el sentido más clásico de la palabra.

Obviamente, este tipo de posiciones se sitúan en esa necesidad de seguir conservando los conceptos clásicos del marxismo como herramientas conceptuales con las que analizar la realidad. Sin embargo, si ya en el caso británico hay bastantes elementos que hacen ver que dicha posición es muy problemática¹, en el caso español el problema se convierte ya en una forma de entender los conflictos sociales que difícilmente explica muchos problemas de esas dinámicas.

¹ Para un marco general de una propuesta política que va más allá del marxismo pero que conserva la necesidad emancipatoria dentro del contexto británico véase Srnicek y Williams (2017).

En primer lugar, la misma definición de "clase obrera" que se presenta es ya muy problemática (p. 15). Hay que entender, de entrada, que cuando Marx habla de clase obrera no se refiere a cualquier clase social explotada, sino a un conjunto muy determinado de individuos que se encuentran, por determinadas condiciones históricas, sometidos a ciertos procesos de explotación que sitúan su posición dentro del contexto social. Es necesario recordar esto porque muchas veces se ha tenido la idea equivocada de que, cuando Marx desarrolla sus análisis, parece que estuviera haciendo una identificación universal de toda explotación que pudiera ser utilizada en cualquier otro contexto diferente a aquel en el que se sitúa el discurso.

Desde este punto de vista, es necesario, en primer lugar, establecer qué diferencias existen entre el proletario de una fábrica de Manchester de la segunda mitad del siglo XIX y un trabajador de un *call center*, por poner dos ejemplos paradigmáticos. Hay un elemento que, sin duda, los une: su condición de explotación salvaje, la venta de su fuerza de trabajo a una fuerza exterior a cambio de una subsistencia. El capitalismo no ha dejado de producir relaciones sociales basadas en la explotación.

Ahora bien: ¿es esta condición suficiente para explicar ambas condiciones? Pese a que estos análisis intentan defender que sí (pp. 44-45), lo cierto es que existen muchas más diferencias entre aquel proletario y dicho trabajador del *call center* que aquello que les une. Lo que no llegan a entender estos análisis es que la permanencia de una relación social basada en la explotación no es suficiente para establecer una continuidad entre ambas situaciones sociales².

La razón de esto es relativamente sencilla: los modos, mecanismos y estrategias de producción, es decir de explotación, son muy diferentes en unos casos y otros, de tal forma que en ambos momentos surgen sujetos sociales muy diferentes. Podría decirse que el capitalismo produce subjetividades, especialmente allí donde opera como fuerza de explotación, de tal modo que en cada momento histórico da a luz a formas de vida que siempre están en relación a sus contextos materiales.

Por este motivo, ¿cómo comparar las condiciones de explotación de un obrero fabril (hombre, heterosexual, blanco, en la fábrica como espacio de producción) con las de

² Para una crítica de esta posición en este libro, véase Babiano (2017). Esta crítica establece un paralelismo con la obra de E.P. Thomson, en la cual se explica la cuestión de la conciencia de clase como una cuestión histórica, formada a través de la experiencia cotidiana de la explotación de la fuerza de trabajo. Existe una tradición del marxismo que ha desarrollado esta idea, empezando por el clásico de Lukács *Geschichte und Klassenbewusstseins* (1948). Sin embargo, esta misma tradición desarrolló dicha perspectiva sólo como una forma de introducir la hegemonía del partido leninista por la puerta de atrás: puesto que la conciencia revolucionaria no es inmanente a la clase obrera, es necesario una organización que dirija y organice a ésta para poder garantizar su conciencia revolucionaria. Frente a esta tradición, se podría situar la del operaísmo italiano, en el cual el leninismo se sustituye por la reproducción de la conciencia revolucionaria fruto de la confrontación cotidiana con la experiencia subjetiva de la explotación.

un trabajador de un *call center* (sin género determinado, sin edad determinada, sin raza determinada, sin un lugar que organice la producción con lo que ello tiene de unión de las fuerzas)?

En este sentido, uno de los problemas más importantes en esta idea es que el concepto de "clase obrera" nunca estuvo delimitado solamente por datos económicos y cuantitativos, es decir, que aquello que convierte a la clase obrera en un sujeto revolucionario nunca fue sólo su condición de explotado. Más bien, fue la conjunción de este elemento objetivo con aquel subjetivo de la conciencia de clase, es decir, el conocimiento no sólo de su explotación sino de la posibilidad, y necesidad, de transformar sus condiciones de vida.

Entre otras posibilidades, la separación analítica de estos dos elementos puede explicar acontecimientos tan inexplicables desde la teoría marxista como la existencia de una gran parte de la clase obrera que apoya, de forma más o menos decidida, a opciones proto-fascistas sólo porque éstas garantizan, a través de un estatismo exacerbado, la conservación de aquellos sectores productivos tradicionales del movimiento obrero, es decir, los sectores industriales de producción.

Si conservamos la idea de que la clase obrera es siempre una clase revolucionaria en sentido progresista no podremos comprender por qué gran parte de la antigua clase obrera europea es hoy precisamente la que vota y apoya los nuevos movimientos ultra conservadores europeos y la que apoya también el rechazo a la inmigración. Sólo por este problema, que es uno de los más importantes en relación a la cuestión de la identidad de los distintos grupos sociales, se derriba la idea que es central al texto.

Pero la insuficiencia del análisis se demuestra principalmente también en otro motivo. Se repite aquí otro viejo dogma del marxismo: toda explotación puede ser reducida, siempre, a una explotación en términos económicos. De este modo, la posición que se toma aquí vuelve a ser, otra vez, conservadora en un sentido determinado: los años 60 y 70 sirvieron, entre otras cosas, para demostrar teórica y prácticamente que cada identidad social que es fruto de las relaciones sociales capitalistas conforma un modo de explotación específica, en el cual no cabe una reducción economicista, precisamente por que ésta no sería más que un proceso que ignoraría la especificidad de cada identidad. Dicho prejuicio basado en la preeminencia del análisis de las condiciones económicas había demostrado ya entonces cómo olvidaba la explotación determinada de mujeres, minorías raciales, homosexuales, etc.³

³ Toda la obra de Herbert Marcuse es, en gran parte, la aclaración de la *Verbürgerlichung* (burguesificación) de la clase obrera y la relación entre la aparición del momento revolucionario y las nuevas identidades sociales (Marcuse, [1964] 1993).

Además, desde un punto de vista estrictamente metodológico, se evidenció cómo existían multitud de problemas para reducir todo a términos económicos. La simplificación de dichos procesos no era más que la existencia de una falsa clave de bóveda para, otra vez, poder seguir conservando intactos los dogmas del marxismo. Por lo tanto, la supervivencia de la teoría ya comenzó a demostrarse en los años 60 y 70 como el motivo fundamental para no poder hacer que avanzara para llegar a explicar de forma más convincente los distintos procesos sociales contemporáneos, aún cuando eso significara la superación de viejas creencias dadas por verdaderas.

En definitiva, es de alabar el deseo de establecer elementos de disputa frente a la hegemonía del capital contemporáneo. Sin embargo, eso no significa que todavía sea válido cualquier elemento de la tradición marxista, incluyendo ahí los propios análisis de Marx. Tal vez tengamos que empezar a plantearnos la posibilidad, aunque sea muy remota, de que nuestro contexto demanda que, para poder seguir siendo radicales políticamente y eficaces desde el punto de vista científico, tengamos que empezar a dejar de ser marxistas.

Cristopher Morales Bonilla – *Investigador independiente* - cmoralbon@gmail.com

Bibliografía

Babiano, J. 2017. "El fallido intento de escribir el CHAVS español", *SinPermiso*, 26 de enero, ([enlace](#)).

Jones, O. 2013. *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.

Lukács, G. 1948. *Geschichte und Klassenbewusstseins*. Berlin: Der Malik-Verlag.

Marcuse, H. [1964] 1993. *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta.

Srnicek, N. y A. Williams. 2017. *Inventar el futuro. Postcapitalismo y un mundo sin trabajo*. Barcelona: Malpaso.